



Semana del 8 al 14 de Julio de 2018. DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

“Sabemos que hay un Profeta en medio de nosotros”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Ez 2,2-5: “Son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos”

Salmo: 122,1-2a.2bcd.3-4: “Nuestros ojos están en el Señor esperando su misericordia”

2ª Lectura: 2Cor 12,7b-10: “Presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo”

Evangelio: Mc 6,1-6: “No desprecian a un profeta más que en su tierra”.

Monición: Las tres lecturas del domingo, están referidas a un mismo tema: la misión profética.

Todos nosotros, por el bautismo, estamos llamados a ser profetas; pues en su infinita misericordia, el Señor quiere servirse de nosotros, a pesar de nuestras fragilidades y debilidades, de las que siempre necesitamos estar conscientes (segunda lectura).

Especialmente en la Nueva Evangelización, Dios nos envía a sembrar en terrenos que a menudo no serán fértiles (primera lectura y Evangelio). Sin embargo, el profeta no puede hacer lo que quiere, sino que **tiene** que hacer lo que debe. Muchas veces este deber conlleva, además de las oposiciones y la incompreensión de los demás, una fuerte contradicción interna y un terrible sufrimiento, que es necesario soportar con gozo.

(Nos ponemos todos de pie): Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 6,1-6)

+++ Gloria a Ti, Señor

Al irse Jesús de allí, volvió a su tierra, y sus discípulos se fueron con él. Cuando llegó el sábado, se puso a enseñar en la sinagoga y mucha gente lo escuchaba con estupor. Se preguntaban: “¿De dónde le viene todo esto? ¿Y qué pensar de la sabiduría que ha recibido, con esos milagros que salen de sus manos? Pero no es más que el carpintero, el hijo de María; es un hermano de Santiago, de José, de Judas y Simón. ¿Y sus hermanas no están aquí entre nosotros?” Se escandalizaban y no lo reconocían. Jesús les dijo: “Si hay un lugar donde un profeta es despreciado, es en su tierra, entre su parentela y en su propia familia.” Y no pudo hacer allí ningún milagro. Tan sólo sanó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Jesús se admiraba de cómo se negaban a creer.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Durante las últimas semanas, el Evangelio nos ha estado invitando a meditar más profundamente acerca de nuestra Fe, desde diversas perspectivas: Primero, la tormenta calmada en el lago; luego, los dos milagros realizados por Jesús en Cafarnaúm, y ahora, ¡oh sorpresa!: la falta de milagros...

En realidad, no habría que sorprenderse mucho: Si no hay fe, no hay milagros. Si no hay caridad o (dicho de otro modo) si hay pecado, se pierden las gracias, punto. Así fue siempre, así es y así será. Es duro, pero es la verdad. Ni modos.

Jesús acababa de resucitar a la hija de Jairo, el jefe de la sinagoga en Cafarnaúm, como leímos en el Evangelio de la semana pasada, y luego, decidió visitar la tierra que lo vio crecer y hacerse hombre.

Es fácil imaginar por qué el corazón de Jesús, rebosante de amor, hubiese querido sembrar también sus enseñanzas entre la gente que le había conocido desde niño: parientes, amigos de la infancia, vecinos y muchas otras personas que, con seguridad, en diversas ocasiones, habían estado con Él, compartiendo espacios, actividades y reuniones...

Como a cualquiera de nosotros le podría ocurrir hoy, seguramente Él también ansiaba encontrarse con el cariño, la amistad, el apoyo y la comprensión de aquellos a quienes conocía “de toda la vida”. Sin embargo, a poco de que el Señor se puso a enseñar en la sinagoga, comenzaron a surgir las miserias humanas. Podemos hasta imaginar los pensamientos de muchos de los que estaban allí:

- “¿Así que ‘el carpintero’ quiere enseñarme **a mí** cómo salvar mi alma...?”

- “¿Desde cuándo este muchachito va a venir a darme consejos **a mí**, que soy una persona mayor, con trayectoria conocida y respetada aquí en Nazaret...?”

- “¿Ahora resulta que **yo** tengo que venir a ‘aprender’ del hijo de José, que era **mi** carpintero, el que me arregló esa mesa...?”

Y muchas otras frases por el estilo, en las que el “yo” y el “mi” exaltados, exacerbados, alterados, “picados”, exigían reconocimientos, al mismo tiempo que menospreciaban y “ninguneaban” a Jesús.

Eso es quizás lo más notable en el Evangelio de este domingo, y es lo que —como siempre, para que esto de las catequisis realmente nos funcione— debemos tratar de aplicar a nuestras vidas.



Pero esta vez hagamos de verdad el esfuerzo, al menos en principio, para no ponernos en las sandalias del Señor: el bueno, el humilde, el incomprendido... porque a menudo tendemos a ponernos del lado de los buenos. Ahora situémonos más bien en el lugar de los “críticos”, bien pagados de sí mismos, que mortificaron a Jesús, negándole la posibilidad de compartir con ellos lo que amorosamente Él tenía para darles...

Ubiquémonos en el lugar de aquellas personas que, por no haber hecho verdadera carne del mensaje de Cristo, rechazan con frecuencia la posibilidad de convertirse en serio, porque creían que ya se las sabían todas... aquellos que (como hemos dicho ya alguna vez), en cuanto identifican la lectura que se está leyendo en la Misa, comienzan a asentir con la cabeza, como quien dice “ésta ya me la sé”, en lugar de abrir su corazón para comprender aquello que Dios quiere decirles AQUÍ y AHORA...

Pongámonos en el lugar de los que cierran sus oídos a los comentarios de los hermanos (ya sea en la “Casita de Oración”, en el Consejo o en cualquier lugar en el que se dé un intercambio de opiniones), porque de antemano creen que él o ella no tienen “algo realmente bueno” qué decir... o porque piensan: “yo sé más que él”; o sencillamente, porque tienen la mala costumbre de, en vez de atender a lo que se les dice, ir pensando en lo que ellos van a decir cuando les toque hablar...

Identifiquémonos, por ejemplo, con aquellas personas que, en lugar de comprometerse seriamente en un cambio interior, en vez de practicar obras de misericordia espiritual y corporal, (de practicar la caridad y traducir su “fe” en obras), están siempre a la pesca de los fenómenos sobrenaturales, o buscando el último “mensaje”, el último anuncio, como si se tratara de una moda, como si Dios fuera algo cambiante, que va “arreglando sus planes” conforme al resultado de las elecciones.

Ubiquémonos en las sandalias de aquellos que, ante la presencia de algún conflicto, comienzan por creer que los otros miembros de su comunidad son los que están “equivocados”, y terminan creyendo que en una nueva comunidad podrían lograr la paz para sus corazones, cerrados al amor y al perdón que Cristo quería enseñar en Nazaret, y que aún hoy quiere enseñar en nuestras comunidades, allá donde Él nos llamó, no por nuestros méritos o capacidades, sino por Su infinita misericordia.

“¿Qué me pueden decir o enseñar ahora, que no me hayan dicho ya antes?” Suele ser la respuesta casi inconsciente, cuando se nos llama para asistir a un acto, a un nuevo retiro, a una junta, a una celebración o a cualquier reunión de nuestra comunidad. Es que al igual que los nazarenos, creemos que ya lo conocemos todo, que entendemos todo, y que, por lo tanto, somos los únicos autorizados por Dios para “comprender” **y juzgar** a la comunidad o a alguno de sus miembros.

Cuántas veces nosotros actuamos igual que los jefes de la sinagoga, pensando: *“¿Por qué viene éste a querer decirme algo, si ya le conozco y sé todo lo que dice o hace...? ¿Qué me puede traer de nuevo...?”*

Parece que con frecuencia nos olvidáramos que la presencia de Cristo y del Espíritu Santo es capaz de hacer maravillas sin medida, así como hizo, de un pescador rudo e ignorante, la “Piedra” sobre la cual se edificaría nuestra Iglesia.

Igual que los “paisanos” de Jesús, nos complacemos muchas veces en sacar a la luz los defectos o las debilidades de los demás (a veces ciertas, pero exageradas, y muchas otras, inventadas), apenas nos sentimos tocados o amenazados, olvidándonos de que las malas situaciones también se dan por nuestras miserias y nuestras debilidades. Así, no solamente quitamos valor y peso a las opiniones de los otros, sino que además detenemos los trabajos y las gracias que Dios nos quiere regalar, por medio de nuestro Apostolado, para el bien de toda la comunidad.

De veras que sería muy bueno el prestar atención al mensaje que esta semana nos propone el Evangelio, sobre todo cuando nos sentimos que, por haber permanecido en la Obra algunos años, o por ocupar o haber ocupado algún cargo de relativa importancia en ella, ya lo conocemos todo, cuando en verdad hemos aprovechado tan poco de las enseñanzas de Aquel Carpintero, que un día nos trajo a convivir con Él en esta comunidad en la que estamos...

El efecto más importante de la presencia del Espíritu Santo en nuestra alma, si de verdad lo dejamos actuar, consiste en transformar el drama de la Cruz, es decir: en hacer que aquel suceso que se vivió en el Calvario, y que se repite día tras día en la Eucaristía, de pronto deje de ser una escena externa, de estampa o de película, y pase a ser un hecho interior y propio: La crucifixión de nuestras propias Miserias, para poder resucitar cada día, con Cristo, al “hombre nuevo”.

La manifestación más extraordinaria del Espíritu Santo, no son los dones de lenguas, los “descansos en el espíritu”, los temblores de cuerpo u otras sensaciones externas, sino el romper y doblegar, una y otra vez, ese corazón de piedra, que a menudo está como “blindado” por el egoísmo y el egocentrismo, y convertirlo en un corazón quebrantado y humillado, que como dice el Salmo 50, “Dios no lo desprecia”. ¡No lo puede despreciar, porque Él **ES** la Misericordia misma!



Pero resulta que, para que esa Misericordia opere, se derrame y “funcione”, hace falta presentarle a Dios nuestras miserias, reconocerlas, asumirlas, avergonzarse profundamente de ellas, repudiarlas... crucificarlas junto a Él, y eso es algo que “naturalmente”, no se nos da, porque nuestra personalidad tiene una serie de “mecanismos de defensa”: la negación, la justificación, el culpar a los otros de lo malo que ocurre (proyección), etcétera...

Cuando el drama de la cruz se vuelve una explosión de amor y misericordia, entonces sí se logra la salvación. He ahí, condensada, la doctrina, la metodología aplicada por el Señor en “La Gran Cruzada”, de la que deberíamos estar alimentándonos cada día, a la luz del Evangelio y del Catecismo de nuestra Iglesia.

Entonces sí nos daremos cuenta de que, en verdad, no conocemos aún a Jesús como Él quiere que lo conozcamos. Entonces sí comprenderemos, de verdad, que la única forma de “permanecer en Cristo” (como Él pidió que lo hiciéramos, durante la Última Cena), es un permanecer **en la unidad**, en el perdón, en el amor que se da, y no en el amor o en “la consideración”, o en el aplauso que se recibe, que se espera, y que a veces hasta se exige.

Pero la unidad, no puede empezar a partir del pensamiento prejuicioso y negativo: “*ya sé qué cosas malas tienes, ya te conozco...*” La unidad comienza cuando planteamos: “*ya sé qué cosas buenas tienes, ya conozco tus cualidades y virtudes, que unidas a las que tú encuentres en mí, nos permitirán mostrar a nuestros hermanos cómo es Cristo*”.

El testimonio de Cristo, no se lo puede dar por completo individualmente, sino siempre en comunidad. Es la comunidad la que da testimonio de Él, porque Dios es Comunidad Trinitaria: “*Que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado*”. (Jn 17,21).

En realidad, es muy cierto que nuestro deseo es el tratar de **ver a Cristo en el rostro de los más necesitados**, se supone que por eso estamos aquí y no en otro movimiento o apostolado de la Iglesia; pero a menudo olvidamos que esos “necesitados” no sólo son los que reciben el fruto directo de nuestra labor apostólica (los presos, los enfermos, los indigentes, a quienes atendemos en nuestros Ministerios), sino también los que están más cerca de nosotros, nuestros más próximos (prójimos)... nuestros hermanos en el Apostolado, nuestros familiares, ¡y aún nosotros mismos!

Pensemos también en “acudirnos” y en acudir a nuestros hermanos, como si nosotros fuéramos Cristo, porque así nos daremos cuenta de que, como Cristos, nuestra tarea no es la de ir a “servir” (en general, sin más y en el vacío), sino la de sanar, curar, liberar, alimentar, bendecir y perdonar... **NUESTRA MISIÓN, COMO MIEMBROS DEL ANE, ES LA DE DAR AMOR**... Así estaremos entregándonos de veras... “haciendo ‘eso’, en memoria Suya” (Cfr. Lc 22,19)

Pensando así, la mejor oportunidad que tenemos para hacer algo por salvar nuestras almas, será la de ir viviendo en Cristo, transformándonos, convirtiéndonos en otros Cristos para nuestros hermanos...

Finalmente, podemos concluir diciendo que lo que hoy nos relata el Evangelio, no era algo que en verdad hubiese “sorprendido” a Jesús: ese rechazo, esas miradas llenas de sí mismas, esas faltas de amor y caridad... son una constante en la historia del hombre, son un sello casi imborrable de la sociedad humana... Por eso el Señor dijo a sus Apóstoles que enviaría a un Consolador, que nos recordaría todo.

Es maravillosa la Misericordia de Jesús que, sabiendo nuestra mezquindad, en lugar de rechazarnos, quiso mostrarnos su amor: primeramente, enviándonos Su Espíritu para que nos ilumine, y encerrándose luego, Él mismo, en la oscuridad del Sagrario, para alimentarnos y así darnos chance para que, de una vez por todas, abramos los ojos y nos decidamos a ser santos. Esperamos, con Su Gracia, poder ir avanzando en ese camino, que es el único que conduce a la Salvación.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)

- a) Desde que empezaste a participar en tu “casita”, ¿ha cambiado en algo tu relación con las personas que te rodean?
- b) La participación en comunidad, ¿te ha servido para tener más confianza en los demás, y para acoger mejor (o tratar de ayudar) a los más necesitados? ¿Estás aprendiendo a escuchar a **todos** los demás?
- c) ¿De qué manera ha cambiado tu participación en la comunidad, en tu relación con las personas más humildes y pobres? ¿Sientes la misericordia de Dios, cuando te regala la posibilidad de servirle a través de los más necesitados?
- d) **Piensa en silencio...** ¿Cómo cumples con tu labor profética? ¿Estás dando todo de ti en ese aspecto?
- e) ¿Recomendarías a alguien que se uniera a tu Apostolado? ¿Lo haces? ¿A cuántas personas has ayudado a acercarse al Señor? ¿Y a esta Obra? ¿Estás satisfecho con los frutos que estás dando en ese sentido? ¿Qué más puedes hacer...? ¿Por qué no lo haces...? ¿Cuándo lo harás...?



4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC): Cánones 436, 783, 1241, 2614

436 La palabra “Cristo” viene de la traducción griega del término hebreo “Mesías”, que quiere decir “ungido”. Pasa a ser nombre propio de Jesús porque Él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. En efecto, en Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de Él. Este era el caso de los reyes, de los sacerdotes y, excepcionalmente, de los profetas. Este debía ser por excelencia el caso del Mesías que Dios enviaría para instaurar definitivamente su Reino. El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor a la vez como rey y sacerdote, y también como profeta. Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey.

783 Jesucristo es Aquél a quien el Padre ha ungido con el Espíritu Santo y lo ha constituido “Sacerdote, Profeta y Rey”. *Todo el Pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas.*

1241 La unción con el santo crisma, óleo perfumado y consagrado por el obispo, significa el don del Espíritu Santo al nuevo bautizado. Ha llegado a ser un cristiano, es decir, “ungido” por el Espíritu Santo, incorporado a Cristo, que es ungido sacerdote, profeta y rey (Cfr. OBP, N° 62).

2614 Cuando Jesús confiaba abiertamente a sus discípulos el misterio de la oración al Padre, les desvela lo que deberá ser su oración, y la nuestra, cuando haya vuelto, con su humanidad glorificada, al lado del Padre. Lo que es nuevo ahora es “pedir en su Nombre” (Cfr. Jn 14,13). La fe en Él introduce a los discípulos en el conocimiento del Padre porque Jesús es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). La fe da su fruto en el amor: guardar su Palabra, sus mandamientos, permanecer con Él en el Padre que nos ama en Él hasta permanecer en nosotros. En esta nueva Alianza, la certeza de ser escuchados en nuestras peticiones se funda en la oración de Jesús (Cfr. Jn 14,13-14)

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

Mi Padre Me envió, no solamente como Salvador, sino también como su maestro. Vine al mundo a enseñarles con Mis Palabras y con Mi ejemplo el modo como deben amar a Dios, el sumo bien.

Si quieren el tesoro del amor divino, deben suplicar incesantemente al Espíritu Santo, que les dé a conocer la Voluntad Divina, y pedirle en todo momento la luz necesaria para conocerla y ejecutarla.

7.- Virtud del mes: Durante este mes de julio, practicamos la virtud de **La Fe** (CIC: 1666-2609-2690 y 2087 al 2089)

Esta Semana veremos el canon 1666, que dice lo siguiente:

1666 El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe. Por eso la casa familiar es llamada justamente “Iglesia doméstica”, comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y de caridad cristiana.

Y La Gran Cruzada nos dice:

CA 112 Cuánto aprecio la fe, y la premio parcialmente en la tierra. Y los conflictos de hoy son los acontecimientos trascendentales del mañana, porque seguirme de verdad, significa poner como base de la propia existencia, no cosas fáciles, sino conflictos consigo mismo y con el mundo que los rodea. Tendré en cuenta justamente estos conflictos, porque Yo obro de manera muy distinta de la criatura, la cual trata de olvidar lo difícil y acomodarse en lo fácil. Pero al fin, de todo lo que han huido será lo que permanezca. Es decir: la Cruz temida, soportada con pena y, en todo caso, recibida con sentimientos de conflicto, será la única cosa que quede para dar testimonio de ustedes. Por tanto, la regla, aunque no lógica directamente es: cada uno vale tanto cuanto sabe sufrir.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Me esforzaré por reconocer a Jesús en mis hermanos, ya sean mis familiares o los miembros de mi comunidad, sin pensar en lo que fueron o hicieron antes. Perdonaré de corazón a todos los que me ofendieron alguna vez. Olvidaré la ofensa.

Con la virtud del mes: Buscaré la manera de hacer oración o tener algunas conversaciones sobre la Palabra de Dios (es decir, de “compartir mi Fe) con las personas que el Señor ponga en mi camino.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*